

VINT-I-UNÈ CONCURS DE RELATS BREUS DE DONES

“Paraules d’Adriana”

CATEGORIA SANT ADRIÀ 2.021

AUTORA: NAZARETH MARTÍN MILLÁN

Nazareth (categoría general y categoría Sant Adrià)

Generar un bebé.

Todo comenzó como comienzan estas cosas, por una conversación casual en una pausa del trabajo. “Voy a ser madre”, dijo ella, y a mi se me activaron todos esos lugares comunes aliados de mis fantasmas acerca de la maternidad y de engendrar una vida en un mundo que: “piénsalo, estamos destruyendo el planeta, somos demasiados, no es un buen lugar para vivir, ¿cómo puedes pensar en hacerle a un bebé la putada de nacer?”.

No me dejé ningún argumento lógico para defender porque era absurdo, incluso cruel creo que llegué a decir, tener un bebé. Cuando acabé me di cuenta que llevaba rato sin mirarla, atrapada en mis tribulaciones, así que levanté un poco la mirada con cierta turbación asociada a ser consciente que mi monólogo tenía público y que apenas había cruzado unas pocas conversaciones con esa mujer. Y ahí estaba, leve sonrisa en la boca, gran sonrisa en los ojos y las siguientes palabras: “si, pero es que deseo ser madre”.

A partir de ese día fue muy divertida la batalla entre mis argumentos lógicos y el deseo de esta mujer que se me había atravesado... y del que ya no iba a poder zafarme.

Y aquí estamos, después de un largo e intenso tratamiento de fecundación, ante un monitor en la sala de ecografías: con una bolita pequeña dentro de una bola más grande dentro del

endometrio de Ella, con la frase “¡vamos a tener un bebé!” y con todas las emociones asociadas dando un vuelco a la vida que llevábamos. Ella con nervios de esos que las niñas y niños tienen los días de fiestas en las familias funcionales. Yo, con nervios de esos cuando sabes que todo tu mundo está a punto de ponerse patas arriba.

Por mucho que lo hayas pensado, deseado o temido, cuando el nacimiento de un nuevo ser se presenta como realidad todo se desborda. Se mezclan alegría, miedo, incertidumbre, ilusión... ponga aquí la emoción, sensación o afecto que le parezca y probablemente sea algo que sentimos en ese momento. Una vez encauzado, más o menos, el torrente de emociones, me aparecieron algunos pensamientos alrededor del ¡vamos a tener un bebé! a cuál más pintoresco e interesante, a la par que desbordante. Estar construyendo una nueva vida es toda una aventura. Lo que más me sorprendió fue cuando empezamos a imaginar conscientemente cómo sería. Al aparecer en el monitor unas células, que si todo va bien se van a convertir en un bebé, las ideas adquieren toda la fuerza del ser reales. ¡Ahora sí que me iba a pasar a mí!

En ese momento, con el peso de la realidad, me surgió una pregunta: ¿quiero que sea niño o niña? La pregunta me parecía venir de la nada. Como esos pensamientos que aparecen de repente y que a partir de entonces se repiten cuando menos te lo esperas. Estás haciendo unas tostadas y ahí está, ¿niño o niña? Antes no me había planteado nada tan concreto. Quizás lo había fantaseado, pero no era algo sobre lo que me hubiese cuestionado. ¿Qué quería decir esta pregunta? Me puse a pensar y me di cuenta que no es algo que venga de la nada, más bien viene de la mano de todos los estereotipos adheridos al género que se pegan sin darte cuenta y que asoman la cabeza al pensar en ese pequeño ser que pronto formará parte de tu vida.

Yo, que tanto había intentado deconstruirme, trabajando activamente en temas relacionados con las construcciones sociales de género, me encontré pensando si quería un niño o una niña. ¿Qué significaba eso? ¿Estaba asociando a un conjunto de células en construcción una identidad! ¡Y qué identidad!:

- Es más fácil un niño, las niñas lo tienen más complicado - decía mi voz interna consciente del mundo hetero patriarcal en el que vivimos.
- ¡Qué dices! - contestaba enseguida mi voz feminista - ¡una niña vale más que veinte niños! - sí, mi voz interna feminista ha visto muchas veces la película de Peter Pan.
- Los juguetes de niños son más divertidos - me oía pensar para enseguida replicar - ¿con qué juguetes jugabas tú? ¿Los juguetes tienen género? ¡Qué tontería!

Una vez se me ocurrió decir en voz alta a mi compañera, “una niña será más fácil, son más tranquilas”. A lo que contestó con el ejemplo de su propia realidad. Ella había sido un buen trasto mientras su hermano fue un niño sumiso en la infancia. “Tienes razón, no sé por qué he pensado eso”, contestaba mientras seguíamos haciendo las tareas de casa.

Estas conversaciones continuaron durante unos días, de manera casual, cuando compartíamos en voz alta esa imagen de bebé que andábamos construyendo.

- Si es niña tendremos que buscar un entrenador de artes marciales, a ser posible que hable en inglés - me encontré diciendo. - ¿Por qué? el inglés es el idioma estándar de la cultura y la investigación. ¡Ah! ¿Por qué las artes marciales? ¡Una niña tiene que saber defenderse!

Boom. De nuevo poniendo en la niña todo el peso de lo asociado al género. ¡Es muy difícil deshacerse de los estereotipos incluso siendo consciente de ellos!

- Es verdad, si es un niño también tendrá que hacer artes marciales, siempre va bien saber defenderse.

Seguía asociando ideas de uno y otro lado en un ridículo pensamiento binario, a veces sin darme cuenta y otras haciéndome muy consciente de lo que pasaba, hasta que con gran esfuerzo pude dejarlas caer para entender que lo que iba a nacer era un bebé, punto. Por suerte, mi compañera embarazada me acompañaba en este razonamiento. Por desgracia, el entorno no.

Continuamos inventando cómo sería nuestra vida tratando de deshacernos de los estereotipos, tarea muy complicada puesto que “¿es niño o niña?” era lo que seguía al “vamos a tener un bebé” de manera automática en todas las conversaciones. Son esos intercambios sociales que aceptamos con naturalidad pero que cuando te los encuentras en tu realidad te dan una bofetada en todo tu argumentario sobre el progreso feminista.

- ¿Te parece bien que no digamos si es niño o niña?
- Vale, pero yo quiero saberlo.

Para ella era importante porque quería tener decidido el nombre. Elegir el nombre del bebé está del lado del deseo, pones deseo a algo que aún está en construcción a través del hecho de

nombrarlo. Las palabras tienen un gran poder. Y entonces nos dimos cuenta que puedes quitar todos los estereotipos, pero si te gusta el nombre de Raúl pensarás en un niño y si te gusta el nombre de Laura en una niña.

- ¡Busquemos un nombre que sirva para niño y para niña! - exclamé feliz de haber encontrado una solución.

¿Han intentado buscar un nombre que encaje para niña y para niño? ¿Han intentado hacerlo cuando la idea de bebé no es solo una idea, sino que es algo que se está gestando en el cuerpo de tu pareja? Si, ¡por qué no hacerlo más difícil! Nos pasamos horas, días, semanas, buscando en internet, preguntando e investigando hasta encontrar el nombre perfecto que podía servir tanto para niña como para niño y que nos parecía bien tanto a ella como a mí. La coherencia a veces tiene un precio de tiempo muy elevado.

A partir de entonces, en cada conversación con cualquier persona con la que nos cruzábamos aparecía la diatriba:

- ¡Estoy embarazada! - explica ella.
- ¡Enhorabuena!, ¿es niño o niña? - contestan automáticamente.

“¿Por qué ese interés por saber si es niño o niña?” interroga mi curiosidad a cada una de las personas que lo preguntan y que, perplejas, me miran como si mi respuesta en forma de pregunta fuera lo más raro que habían oído en su vida.

La señora de la tienda donde fuimos a comprar la primera ropa que llevaría al salir del hospital lo tenía muy claro:

- Si no me decís si es niño o niña, ¿cómo voy a saber qué enseñaros?

“¡Pues ropa!” pensé enfadada. Por suerte, mi compañera contestó:

- Sea niño o niña, no queremos nada rosa ni azul, ni con volantes ni con lacitos.

Para que luego digan que las hormonas tienen todo que ver en la conducta de las personas. Ella, embarazada, supo contestar con el temple de un samurái y una sonrisa burlona. Yo, andaba tratando de domar mi enfado ante la naturalidad con la que esa mujer ponía género a la ropa. La dependienta, ponía todo su esfuerzo en enseñarnos prendas de ropa ocultando su decepción.

Con la familia fue más complicado. No decir el sexo se convirtió en el ocultamiento de un secreto enorme necesario para poder relacionarse con el bebé. Era como si les hubiéramos quitado la información clave para ser capaces de imaginar a su futuro familiar y, por lo tanto, para construir algo del amor. Unos jugaban a adivinar y otras se enfadaban. “¿Lo querrás menos si es niña?” preguntaba, a veces usando el masculino y otras el femenino para aumento del enfado o la diversión, según el interlocutor se tomase nuestra, a estas alturas, extrañísima idea.

Cuando se daban cuenta que no íbamos a decirlo y que tratando de adivinar no iban a sacar nada en claro, la pregunta cambiaba y, ante mi perplejidad, se interrogaban unas a otros: “y tú, ¿quieres que sea un niño o una niña?”.

“Si es un niño jugará contigo y le enseñarás a jugar a fútbol”, le decían a mi sobrino de tres años, “si es una niña podrá hacer fiesta de pijamas en casa”, le contaban a la niña de siete. Es increíble el montón de asociaciones que se hacen de la mano del género, que se sostienen y se siguen construyendo en los intercambios sociales. Estar haciendo un bebé es un buen momento para verlas todas y asombrarte de lo natural que se hace parecer algo totalmente construido.

¿No es extraño que no nos preguntemos porqué es tan importante querer saber el sexo de un bebé y sea algo normalizado? ¿No sería raro preguntar si prefieres el color de los ojos azul o marrón para, con esa información, construir una identidad? Porque si tienes un bebé con los ojos azules será pianista, pero con los ojos marrones solo podría jugar al baloncesto. Absurdo, ¿no? En cambio, la pregunta por el sexo y las consiguientes asociaciones están completamente normalizadas. No podía evitar pensar cada una de las veces que me enfrentaba a ella en cómo no me había dado cuenta antes. Ahora mi voz feminista estaba tan enfadada como decepcionada, no habíamos avanzado tanto como creía, aún queda mucho camino por recorrer si no atendía a esas pequeñas costumbres y, como mínimo, trataba de cuestionarlas.

Con una de las comadronas, a las que tampoco decíamos el sexo en un intento tonto de mantener la coherencia ya que ellas, en femenino porque todas las que nos atendieron fueron mujeres, podían mirarlo en el ordenador, nos pasó algo muy divertido:

- ¡No para de moverse! ¡Va a ser futbolista! - afirma palpando la barriga y decidiendo que era un niño.
- ¡Va a ser bailarín! - exclamamos a la vez ella y yo, riéndonos por la complicidad.

Y así, todo lo que duró el embarazo estuvimos jugando con la incertidumbre, creando a veces la sorpresa y otras veces el disgusto en nuestro entorno. Conseguimos mantener el secreto hasta el día del nacimiento. El bebé ya tiene dos meses y, hace unos días, mi sobrino me preguntó:

- Entonces, teta, ¿Álex será niño o niña?